

ENTRE LOS VICIOS HABITUALES DE LA CRÍTICA CINEMATOGRÁFICA DE LOS '90 A ESTA PARTE ESTÁ EL UTILIZAR LA PRIMERA PERSONA. SI LA NOTA ESTÁ FIRMADA, ¿SIRVE REALMENTE LA EXPOSICIÓN DE EGOS DE ESTOS CRÍTICOS? ARGUMENTOS EN CONTRA DE UNA MANÍA CRECIENTE.

Una de las primeras cosas que aparecen googleando las palabras “periodismo”, “primera” y “persona” es la desgrabación de un Taller de Periodismo y Literatura dictado por Martín Caparrós en Cartagena en diciembre 2003. Allí se lee que “La primera característica que definió al Nuevo Periodismo fue la primera persona. La primera persona es una manera de decir ‘yo me hago cargo de lo que estoy diciendo’ frente a la supuesta neutralidad y/u objetividad del lenguaje periodístico habitual, la tercera persona. (...) Los diarios tratan de imponer ‘la prosa periodística’, ‘la prosa objetiva’, que más que objetiva es castrada. Han construido muy cuidadosamente ese modelo que consideramos una escritura transparente. Hemos llegado a la convicción tácita de que cuando vemos cierto tipo de prosa, no hay prosa, no hay escritura, nadie está contando eso.” Escribir en primera persona sería, entonces, un gesto de honestidad intelectual en un contexto perverso, que pretende otorgar carácter de verdad a una mera convención expresiva. Es posible que eso sea así en el Nuevo Periodismo a secas. En la Nueva Crítica Cinematográfica, en cambio, el uso de la primera persona suele ser sólo un vicio repugnante.

En primer lugar, un texto firmado supone siempre un autor que se hace cargo de lo que dice. Si la frase precedente “el uso de la primera persona suele ser sólo un vicio repugnante” se expresa en primera persona (“creo que el uso de la primera persona...” o “tengo para mí que el uso de la primera persona...”), el resultado será el mismo, porque el lector ya sabe quién la ha escrito, y el autor perderá en ese inútil esfuerzo reflexivo valiosos caracteres y espacios que el medio le escatima.

En segundo lugar, suponer que el lector interpreta el uso de la tercera persona como una “ausencia de autor”, implica subestimarle gravemente y ése no suele ser un buen punto de partida para comunicarse con nadie. Es razonable suponer que

a ningún lector le agrada que lo traten de imbécil, aunque sea entre líneas.

En tercer lugar, el uso de la primera persona garantiza a priori tanta o tan poca honestidad como el uso de la tercera. Si el autor escribe una infamia, ésta no será menos infame según la persona gramatical en que haya sido formulada.

En cuarto lugar, la práctica sistemática de la escritura —incluso de la escritura periodística— deviene siempre en estilo y ése es otro rasgo de subjetividad que hace innecesaria la primera persona, porque el estilo suele ser personal e intransferible, como la cédula. Y el lector lo advierte, ya sea para frecuentar a ese autor o para evitarlo.

En quinto lugar, la experiencia personal del autor se comunica con más eficacia en ideas que en anécdotas. En una crítica, por ejemplo, el lector apreciará las relaciones que se propongan con otros films del mismo realizador sin necesidad de saber que para poder descubrirlas el autor debió alimentarse en todos los copetines del Festival de Karlovy Vary.

En sexto lugar, el uso de la primera persona sugiere una familiaridad entre lector y autor que en la práctica es inexistente y hasta deshonesto, porque en el fondo al autor no le interesa conocer realmente a su lector. Aunque el lector frecuente

los textos de determinado autor, la relación nunca alcanzará un grado tal de intimidad que le permita, por ejemplo, llamarlo a la redacción y pedirle dinero. Bastará intentar ese sencillo experimento para comprobar cómo el autor desaparece, es decir, recupera en cierto modo los dispositivos formales del Viejo Periodismo que garantizan trans-

parencia e invisibilidad. La tercera persona, en cambio, evita de entrada que el lector desarrolle falsas ilusiones, manteniendo entre ambos una distancia prudente y honesta. Por otra parte, si el autor realmente necesita mejorar su vida social, siempre podrá recurrir al dictado de Talleres de Periodismo y Literatura.

SUPONER QUE EL LECTOR INTERPRETA EL USO DE LA TERCERA PERSONA COMO UNA “AUSENCIA DE AUTOR”, IMPLICA SUBESTIMARLO GRAVEMENTE Y ÉSE NO SUELE SER UN BUEN PUNTO DE PARTIDA PARA COMUNICARSE CON NADIE.

EL USO DE LA PRIMERA PERSONA SUGIERE UNA FAMILIARIDAD ENTRE LECTOR Y AUTOR QUE EN LA PRÁCTICA ES INEXISTENTE Y HASTA DESHONESTA, PORQUE EN EL FONDO AL AUTOR NO LE INTERESA CONOCER REALMENTE A SU LECTOR.

A
D
I
V
L
M
E
D
R
E
J
J
M
A
L

